

*grasp the bliss, get Heaven, I would shun
nights like this if my darling granted me*

LAURA G.
MIRANDA

Tierra en los bolsillos



**Ve
Ra**

*¿Se pueden **INTEGRAR** las pérdidas a la vida que continúa?
¿Quién tiene el control cuando el **PRESENTE** se rompe en pedazos?
¿Hay **RESPUESTAS** en el silencio?
¿Cómo se **AYUDA** al otro sin invadir su dolor?*

Tierra en los bolsillos es una novela sobre
sentimientos universales y decisiones.

Es la vida en sus extremos. Es el mejor beso y el duelo más difícil.
Es el fulgor y las sombras de quienes la constituyen. Es una alternativa
para transitar un día a la vez, amar y volver a sonreír.

*El amor propio, a la par de cada proceso,
merece su mejor versión.*

Disponible también
en e-book





vera.romantica



vera.romantica

Reconocer que la vida manda.

Saber que las pérdidas
imponen estar mal y eso
está bien,

Enfrentar el proceso,

Llorar el vacío,

Volver al lugar del dolor.

Elegir cambiar las consecuencias
del pasado.

Dominar el idioma
de la resiliencia.

Redimir culpas y conjugar
el perdón,

Seguir, aunque el mundo duela.

Ser amable con la vida,

Integrar nuestro ser
a la nueva realidad.

Volver a reír,

Disfrutar de la
Tierra en los bolsillos.

Soy *VeRa*



Laura G. Miranda

Laura G. Miranda ha logrado un estilo propio dentro de la novela romántica contemporánea. La prestigiosa autora colombiana, Ángela Becerra, la bautizó, al momento de presentar su novela *Las otras verdades* (2021), como **la creadora del "romanticismo simbólico"**. Vive con su familia y sus mascotas (dos gatas y dos perros a los que adora) cerca del mar, lugar que considera su refugio. Es abogada y docente. Ha ganado premios nacionales e internacionales como poeta y narradora. En 2014, publicó *Amuleto contra el vacío*, declarada de interés cultural por la Municipalidad de Mar del Plata el mismo año. En 2016, *Laberinto del alma*. En 2017, obtuvo el Premio Lobo de Mar en literatura. En 2019 fue elegida para el lanzamiento del Sello Vera con su novela *Volver a mí*. En 2020, publicó *Después del abismo* y *Ecos del fuego*. En 2021 *Las otras verdades*, y en 2022, nos deleita con *Tierra en los bolsillos*, su mayor desafío hasta la fecha. Conoce más sobre la autora en lauragmiranda.com

Tierra
en los bolsillos

*like with happiness in this fair place of
grain the hills, get flowers, I could shun
rights like this if my darling granted me*

LAURA G.
MIRANDA

Tierra en los bolsillos





*Para quienes me leen, en cada lugar del mundo al que llegan mis historias,
porque ustedes hacen posible mi presente. Deseo que sus decisiones
conviertan sus vidas, siempre, en un lugar mejor.
Para mi papá, un hombre honesto, bueno, ocurrente y sensible como ningún
otro que yo haya conocido. Gracias por la tierra en tus bolsillos.
Para mi amigo Guillermo Longhi, por cada palabra
y por nuestra Italia ancestral.
Para mis hijos, Miranda y Lorenzo, siempre.*



Seguir



Sin tierra, el alma está vacía, pero sin relatos, la tierra está muda.
Muriel Barbery

Prólogo

Nada sucede a espaldas de nuestra capacidad de decidir. A toda historia personal la precede otra de amor propio que, aun postergado, es protagonista y pelea por un lugar que siempre puede ser mejor.

Si se mira en dirección contraria a nuestras necesidades, si se insiste en donde no es, si se espera lo que no sucede, sin enfrentar que lo que no pasa es también una señal, el tiempo llegó y nos está hablando.

Si se alimenta la idea de que alguien va a cambiar sin considerar que puede no ocurrir, si no ponemos un límite a lo que toleramos y desconocemos que eso podría ser un indicador de cómo nos tratan, si somos soberbios frente al poder absoluto de nuestro reloj vital, es el momento de actuar.

Si al menos una vez al día nos cuestionamos el lugar que ocupamos en nuestro presente y cómo nos sentimos frente a él, si nos ubicamos en el rol de víctimas en vez de ocupar el de héroes urbanos de nuestra realidad, si no sabemos pedir ayuda o, peor todavía, ignoramos el modo de recibirla, significa que los cambios se imponen y suplican por su lugar.

Si somos distintos a nuestra familia sin haber sido cambiados al nacer y no decimos nada para evitar conflictos –y vivimos en conflicto por callar–, si sentimos la misma culpa por no ser que por lo que somos, debemos entender que, a pesar de los años y de los daños, la vida es el lugar para volver a empezar.

Si algo de eso, o todo, nos pasa, es tiempo de pensar en una *transformación*. Es el momento de mirarnos al espejo y preguntarnos: ¿Quiénes somos? ¿Cuál es nuestro propósito? ¿Por qué la inacción frente a

lo que nos incomoda? Nos golpearán dudas en medio de un ruidoso silencio. Una voz harta de esperar nos gritará desde adentro con la intención de empujarnos hacia el primer paso. Puede parecer simple empezar otro camino, pero para muchos no lo es.

No importa lo que otros esperan que seamos, no estamos en cada hoy para que los demás aprueben nuestras decisiones. Estamos aquí para vivir de acuerdo con nuestros deseos y para dar batalla ciega con la misma energía con que celebramos lo que nos hace felices.

¿Acaso sea hoy ese día en el que debemos decidir? ¿Por qué pensamos que puede ser mañana? ¿Existe otro tiempo que no sea cada ahora? No hay respuestas únicas. Los ayeres condicionan nuestra mirada y es difícil saber qué hacer con los pendientes de nuestra agenda emocional. No somos dueños del tiempo. En realidad, el tiempo es una creación de la mente. Lo que llamamos “pasado” es el lugar al que regresa la memoria con nostalgia, un ahora que dejó su huella y se convirtió en recuerdo. El “futuro” es apenas una promesa, esa imagen mental que se convierte en ansiedad si nos atrae o en miedo cuando los pensamientos adelantan que se estará peor. Mi verdad es el “Ahora”, allí existen las posibilidades, solo allí.

En consecuencia, desconozco el motivo por el que muchos demoramos lo que deseamos hacer. Me pregunto hasta cuándo. ¿Qué nos impulsa a planear sobre un futuro completamente incierto? Me respondo que hay que decidir de inmediato lo que depende de nosotros, sin planes a largo plazo que, como ilusiones ópticas, nos guíen a ver certezas donde no es posible tenerlas. Dar ese paso al margen de la vida que hace lo que quiere sin siquiera avisar. Sus imposiciones nos cambian la realidad en un parpadeo. Y, aunque a veces regala alegría, otras arrebató lo que creíamos que no íbamos a perder. A lo bueno nos adaptamos instantáneamente, pero a lo que nos quita no. Y todo suma para restar bienestar.

¿Cómo seguir?

¿Dónde van las personas que fuimos y dejamos atrás? ¿Dónde se esconden las que se quedaron aun después de su partida? ¿Dónde encontramos el nuevo rol cuando los vínculos se rompen? Volver al recorrido final ¿es un modo de sanar la ausencia? ¿Mueren los lugares en donde hemos sido felices cuando ya no nos pertenecen? ¿Alcanza la memoria? ¿Se mide con nostalgia? ¿Qué pasa cuando el eje de nuestra vida cambia, porque la vida impone su ley de piedra?

Quizá hay un modo de procesar mejor las sacudidas inesperadas del destino que lo modifican todo. Tal vez sea una posibilidad considerar variables, antes de actuar frente a los duelos de todo tipo que nos cambian la existencia.

Los seres pueden definir lo inolvidable al momento de sentir y eso implica que se puede recordar y dejar ir.

Duelar duele y mucho. En el cuerpo y en el alma. En la cercanía y en la distancia. Desde la enfermedad hasta la salud y al revés. A veces no hay una muerte, pero siempre hay una pérdida. No es lo mismo, pero se siente parecido. *Algo no volverá a ser como era.* Se activan etapas preestablecidas como mecanismos de defensa: la negación, la ira, la negociación, la depresión y la aceptación. Tienen lugar, en mayor o menor grado, siempre que sufrimos un cambio, buscado o no, es cierto. Pero es también verdad que hay formas de transitar la vida mientras es dada, devorando la complejidad de cada hoy. Así resulta posible no tener pendientes al momento de enfrentar lo que ya no está a nuestro alcance.

Creo en etapas distintas y alternativas que podrían funcionar en seres que creen en nuevos caminos, en búsquedas y en verdades que habitan la sabiduría de quienes logran avanzar, aunque a veces retrocedan.

Determinaciones de otros fueron los sentimientos más emotivos que

escuché jamás, me inspiraron y marcaron mi destino. Un viaje y la *Tierra en los bolsillos*, concebida desde la pura sensibilidad de la infancia, fueron las señales más precisas y preciosas que he tenido. *Siento que la finitud de los seres y las vivencias guardan directa relación con las decisiones que hay que tomar sin demoras*. No tengo respuestas, pero claro está, como la mayoría de las personas, tengo una lista de decisiones que tomar y de cuestiones que duelar de una vez. ¿Qué me detiene?

Pienso. Me enojo. Interpelo y audito a la mujer que soy. Reconozco en mi vida motivos para reír y también para llorar. Lo hago, a su tiempo. Me observo a carcajadas y me protejo de las lágrimas que me permito. Quizá, la clave sea aceptar que siempre deben convivir en nosotros los tramos de felicidad y de tristeza que nos habitan. Nadie es completamente feliz ni lapidariamente triste. Lo sé y está bien que así sea.

Somos cada momento que nos toca vivir y también somos lo que hacemos en cada circunstancia.

Respiro hondo, busco en el cielo. Me gusta la humildad de mirar hacia arriba y el sentimiento que me provoca agradecer. Algo en mí crece. Cierro los ojos. Guardo las manos en los bolsillos. Entonces, mis dedos se mezclan, despacio, con la tierra que elegí juntar. La acaricio y me conecta con todo lo que entendí y quiero compartir.

Ya nada me detiene.



CAPÍTULO 1

Familia

Las circunstancias nunca tienen la culpa. Se es víctima o protagonista de la familia. No es fácil, pero es posible decidir qué rol ocupar.

USHUAIA, JULIO DE 2019

Eran familia. Eso permitía afirmar, desde el concepto mismo, innumerables cuestiones. La primera es que no eran perfectos. La segunda, que no había, ni tenía por qué haberlo, un acuerdo respecto de temas sensibles al momento de tomar decisiones. La tercera: todos tenían derecho a opinar diferente en un marco de libertad de expresión y respeto. La cuarta: a veces eso generaba roces verbales o, en otros casos, que los integrantes se dividieran entre los que dirigen,

controlan e imponen y los que, en favor de una paz conciliadora, soportan todo en beneficio de la familia unida. También, era justo decirlo, en las peores situaciones –que no eran muchas, pero solían ser extremas y determinantes–, algunos lloraban de impotencia y bronca, mientras otros lo hacían de tristeza, por discusiones y distancias que podrían haberse evitado.

A partir de la cuarta, pensó Natalia De Luca, era mejor detener la lista. Llegar a los cincuenta años y tener que enfrentar la sensación de que había sido cambiada al nacer, porque no era posible que su hermano Guido y ella pensaran tan distinto. Y eso, sumado a sus propios conflictos terrenales y planteos existenciales, era insoportable.

¿Había una única verdad o todos podían sostener la bandera de su porción de razón y estar en lo correcto?

No es simple aceptar que la personalidad gana terreno y cobra fuerza con los años. Pasada la mitad de la vida, es casi una cruzada en el desierto del fracaso pretender que alguien simplemente sea quien no es. Eso no sucede ni en beneficio de la familia en general, ni de alguno de sus miembros en particular. Es en vano ilusionarse: las personas no cambian y las decepciones son nuestra responsabilidad, consecuencia de darles espacio y oportunidad a expectativas propias sobre otros.

Es una gran paradoja que nadie salga ileso de la familia, lugar que debería ser el primer refugio de amor. La familia es todo y eso significa que es también mucho de lo que no se elige.

Benito De Luca, el padre de Natalia y de Guido, casado desde cincuenta y cinco años atrás con Greta Mancini, vivía en Argentina, más precisamente en Ushuaia, capital de la provincia de Tierra del Fuego, junto a su esposa. Hijos de inmigrantes italianos, llevaban el trabajo como una señal en la agenda perpetua de sus vidas. Habían transmitido esos valores a sus hijos, junto al legado de la doble ciudadanía.

Natalia era madre soltera. Romina, su hija, tenía veinticinco años y las dos se llevaban bien. La comunicación era buena y se amaban. A veces no estaba de acuerdo con sus planes o decisiones, pero callaba para que no se libraran pequeñas batallas. Para eso, y para guerras acechantes, tenía su propia historia.

Sin embargo, reconocía que, a falta de un padre presente, con su propio esfuerzo y el apoyo de la familia, la joven se había convertido en una mujer que honraba su sangre. Sus roles de única hija, nieta y sobrina la colocaron en un trono para celebrar durante la infancia, para cuestionar en la adolescencia y para agradecer en su vida adulta, antes de partir y dejar a su clan en la incertidumbre total de no poder distinguir con claridad la diferencia entre ausencia, soledad, propia vida y vacío.

Romina había decidido dejar su provincia natal para mudarse e instalarse en Italia, concretamente en Milán, aunque la vida la había llevado a radicarse en Roma. Allí trabajaba en el Ayuntamiento como empleada administrativa.

Guido era viudo. Había elaborado su duelo, pero no había vuelto a formar pareja. Vivía en una casa pequeña a unas cuerdas de la de sus padres. Los visitaba a diario. Durante el último tiempo, en que el transcurso de los años comenzaba a notarse en ellos, había asumido esa posición de “estar a cargo” de sus vidas, lo que incluía, en el mismo catálogo, la incómoda situación de creerse que lo sabía todo y la negación de reconocer que podía estar equivocado en ciertos aspectos de su dinámica diaria respecto de ellos.

La genética había mezclado un poco su trabajo y, como resultado, Greta Mancini y su hijo Guido eran iguales. Muy exigentes, según sus propias convicciones, miedosos en temas de salud, algo inseguros frente a lo desconocido, apegados a las rutinas con exactitud, organizadores determinados al extremo de intentarlo hasta con las cosas que no se podían

controlar. Vivían el tiempo dividido en tres partes: pasado, presente y futuro. Tenían sus relojes sincronizados a un ritmo militar.

En el otro rincón del ring de la vida, Benito De Luca y Natalia también eran calcados. No le tenían miedo a nada, aceptaban el destino como se presentaba y, sobre los hechos, decidían sus acciones. Vivían en el “ahora” de cada día, seguros de que la vida era la justificación de la muerte, que nada empezaba ni terminaba con tener o no signos vitales. Sin embargo, mientras latiera el corazón, disfrutar y hacer lo que tenían ganas era un derecho que nadie debía quitarles. La alegría daba independencia. El bienestar los hacía libres aun en los peores escenarios. No pretendían decidir sobre la verdad de otros, menos hacerse responsables de rutinas ajenas. Entendían que ni siquiera el amor otorgaba ese poder sobre los demás.

Benito se había recuperado de un accidente cerebrovascular, gracias a que Guido estaba presente cuando ocurrió, lo advirtió de inmediato y llegó a Urgencias hasta con la hora precisa en que había sucedido el ACV. Es lo que se llama clínicamente “hora de oro”, una ventana de tiempo que les permitió a los médicos practicar una cirugía poco frecuente y por eso Benito pudo volver de ese ataque sin secuelas físicas que lamentar. Eso era en sí mismo casi un milagro. Greta y Guido, que funcionaban como si fueran un equipo de entrenamiento y disciplina olímpica, entendían ese hecho como algo que obligaba a Benito no solo a la gratitud eterna, sino a exigirle a su cuerpo tanto como si tuviera cuarenta años otra vez. Pero tenía ochenta y cuatro.

Ese día Natalia llegó a casa de sus padres y recién entonces su hermano y su madre se fueron. Parte del orden del día era no dejar solo a Benito que, vale decir, estaba perfectamente lúcido y también harto de no tener la mínima posibilidad de sentirse cansado, definirse como roto por todos

lados y, por ejemplo, no tener más ganas de conducir su automóvil, a pesar de haber renovado su licencia a instancia de ellos.

–Nos vamos, papá –avisó Guido–. La kinesióloga llegará en una hora. Natalia le abrirá. Luego, si no hemos regresado, almuerza lo que dejamos en el refrigerador y toma la medicación. Natalia tiene todo anotado. No te acuestes, camina por el jardín que no cualquiera nace dos veces.

–Tiene razón tu hijo, haz cosas por ti, que Dios, con nuestra ayuda, hizo el resto y por suerte estás aquí, con nosotros y bien –completó Greta.

Natalia y su padre observaban y escuchaban sin decir una palabra. Cuando la puerta se cerró, ambos suspiraron aliviados.

–¡Hola, papi! ¿Cómo estás? –saludó Natalia, que no necesitaba la respuesta.

–Me tienen completamente hartos, hija. Tú me entiendes. Estoy encarcelado en casa, soy como un prisionero de guerra. Me dicen todo lo que debo hacer y lo que no. Si me preguntan cómo estoy y se me ocurre decir que me duele algo o quejarme, sus caras se transforman, como si eso significara que tengo lástima de mí mismo. Y encima están convencidos de que debo agradecerles a ellos, a Dios, a los médicos y qué sé yo a quién más. Ah, la kinesióloga, a ella –recordó. Su desahogo era evidente.

–Entiendo. Cada palabra...

–Quizá no debería quejarme, pero no es de ingrato, simplemente es agotador. Si no puedo decir cómo de verdad me siento, ¿para qué me lo preguntan? –reflexionó indignado–. Ellos lo saben “todo”. ¿Son necesarias tantas indicaciones?

–Claro que no. Pero, para que no te sientas solo en esto, destaco que a mí me dejan todo anotado, como si no pudiera hacer nada bien improvisando o con una simple referencia verbal. Peor, como si tú no fueras capaz de decidir por ti mismo. Creo que la espontaneidad ha muerto en esta casa.

–Es así. Yo estoy viejo, lo que implica días buenos y de los otros, pero no soy un inútil –hizo una pausa–. Mejor aprovechemos ahora que no están –dijo con picardía–. ¿Qué sabes de Romina? Ayer me llamó, pero como estaba en la rehabilitación, y todos me miraban apurando la llamada, corté rápido. Sin embargo, sé que quería contarme algo –dijo con certeza. Era aliado y cómplice de su nieta.

–Está enamorada, papá.

–¿Tan rápido? –preguntó riendo.

–¡Sí! Pero aclaró que esta vez es diferente –respondió con una sonrisa también.

–Me imagino. Supongo que ese argumento no cambia nunca –dijo con sabiduría humorística–. ¿Cómo se llama? –preguntó como si eso le permitiera saber o intuir más.

–Fabio. Fabio Carnevale. Hicimos una videollamada y así sin avisar me lo presentó. ¡Imagínate!

–¿Y qué tal?

–Lindo chico. Tiene treinta y cuatro y trabaja con ella. Habla español e italiano como todos nosotros. Es argentino, pero vive allá y por él consiguió su trabajo en la Comuna.

–Es más grande, eso puede ser bueno. ¿Hace mucho que vive allá?

–No tengo idea. No le pregunté.

–No importa, solo curiosidad. Confío en ella, sabrá elegir al indicado. Nunca supimos por qué terminó su noviazgo aquí, pero seguro tuvo sus razones –afirmó Benito con orgullo–. A mí nunca me gustó –agregó, refiriéndose al novio con quien había roto antes de irse a Europa.

–Yo lo quería, pero, bueno, es ella quien debe elegir. También confío en ella, papá. En todo sentido. Lo único que sufro es su ausencia, me resulta insoportable tenerla lejos.

–Tienes que soltarla. Dejarla ser. Ella es nuestra mejor versión. Se anima a vivir sin ataduras. Lo hará bien. Tú no debes interferir, solo acompañar. Además, sabes que no le gusta ser cuestionada y ya tiene veinticinco años.

–Lo sé, lo entiendo, pero hay días en que no es fácil.

–Es parte del recorrido de ser padres. Tú también te fuiste a Italia cuando tenías más o menos su edad... –comenzó a decir.

–No sigas, papá. Recuerdo todo perfectamente. Supongo que el karma no tiene menú y sirve a cada uno lo que merece –dijo Natalia con cierta ironía.

–No seas dura contigo. Las cosas suceden. A cada quien, su destino.

–¿Eso crees de verdad?

–Sí. Tú regresaste, pero algo de ti nunca volvió.

–Es verdad. Ojalá no fuera así, pero es –los dos sabían de qué hablaban.

Un breve silencio los unió.

–Te haré una pregunta que es parte del camino de ser hija. ¿Qué puedo hacer por ti? –preguntó con el amor más sincero del que era capaz.

–¿En qué sentido?

–En el mejor. Si pudieras hacer lo que quisieras, ¿qué sería? –preguntó. La guiaba un impulso. Mientras se escuchaba, sentía que las palabras le eran dictadas por una voz, suprema y asertiva, que tenía un plan que ella desconocía.

–¿De verdad crees que tengo margen de acción? –ironizó. No me hagas pensar imposibles.

–Nada lo es. Cuéntame –insistió. Pensar que tenía ochenta y cuatro años la hacía mirarlo y disfrutar su compañía como si no hubiera un mañana. Por ley de vida, así podía ser. Benito tenía una conexión especial con su hija y solía suceder que ella preguntara lo que él había estado pensando.

–Hace días que imagino lo mismo –comenzó a decir, decidido a compartir su anhelo—. Me gustaría viajar contigo a Roma, visitar a Romina y conocer

Amalfi.

Natalia se quedó callada un instante. Tenía la expresión de quien recibe un sacudón en el alma al mismo tiempo que un baldazo de agua helada en el cuerpo. Su rostro parecía el que dibuja una llamada a la madrugada. Las preguntas se le venían encima, todas a la vez. ¿Y si volver era el camino? ¿Y si el final de la culpa y el inicio de una vida más liviana estuvieran esperando por ella en el mismo lugar del que había huido tanto tiempo atrás?

Miró la biblioteca detrás del sillón, en el cuarto de estar, donde estaba sentado su padre. Todos los libros comenzaron a brillar y se destacaban sus lomos. Solo leía tres títulos alternados que no estaban allí, pero sí: “Volver”, “Soltar” y “Vivir”. Fue una imagen fantástica y real. Los ejemplares de Hemingway, Gironde, García Márquez, Neruda y Oscar Wilde, entre otros célebres, no eran lo que sus ojos veían, aunque estaban allí. Habían mutado.

Volver.

Soltar.

Vivir.

Solo esos títulos leía, como señales fluorescentes que la desplazaban de su yo a otro lugar más perfecto. Nunca supo cuánto tiempo duró ese estado.

–Hija, ¿estás bien? –preguntó Benito, girando para observar los estantes de libros que ella miraba absorta.

–Sí, papá. Estoy bien. ¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? –preguntó. Había regresado de su breve trance.

–Tan seguro como de que solo puedo decírtelo a ti.

Natalia se acercó a él y lo abrazó.

–Te amo, papá –dijo, al tiempo que una decisión comenzaba a gestarse en su interior.

Incertidumbre, miedo y dudas habría siempre, vida y ganas, no.



CAPÍTULO 2

Comodín

*En los naipes de la vida, el comodín
¿puede redimir las culpas?*

ROMA, AGOSTO DE 2019

Vivir en Italia era, sin duda alguna, la mejor decisión que había tomado en su vida. En ese país todo late al ritmo natural de la plenitud. La pasión de la gente se vibra en cada detalle, un plato de pasta, una pizza, un grito de protesta urbana o un saludo gestual siempre acompañado de la palabra. Romina De Luca se había enamorado de Roma, aunque su plan inicial había sido instalarse en Milán, porque allí había múltiples oportunidades laborales. Conocer a Fabio Carnevale al poco tiempo de estar allí y, gracias a su recomendación, ingresar a trabajar en la Comuna lo habían modificado todo. No solo su lugar de residencia, sino su

plan de estar sola, establecerse, tomar distancia de sus motivos y, si no podía perdonarse ni perdonar, al menos dejar de sentir bronca, resentimiento y culpa.

Amaba el tono del idioma que sonaba a música y el vigor implícito en la gente. Le divertía observar lo extremadamente emocionales que eran los italianos y cómo dejaban que sus ánimos se encendieran por cualquier cuestión cotidiana. Eran apasionados como muestra el cine. Pero, sobre todo, Romina amaba el desapego a las apariencias que se respiraba en ese estilo de vida. El italiano era posibilista, ambiguo y conciliador, todo era posible y negociable, parecían buscar en todos los órdenes que ni el sí ni el no tuvieran carácter definitivo. Y eso implicaba, desde su joven mirada, la posibilidad concreta de vivir sin juicios de valor. Sería, tal vez, porque ella misma se había sentenciado por algunas decisiones de su pasado que no lograba dejar ir y también por las que había condenado a otros.

Nadie de su familia conocía las razones reales por las que había abandonado Ushuaia, no había querido decepcionar a su madre y menos preocupar a sus abuelos y a su tío. Afortunadamente, el concepto de conocer el mundo y radicarse en el extranjero estaba instalado entre la juventud argentina, por lo que había sido la máscara perfecta como salida de una ruptura. Irse suele ser la opción más común cuando se busca olvido. ¡Error! Los hechos viajan en el asiento de al lado y permanecen. No es el lugar, es lo que se lleva dentro.

Así, con más dudas que certezas, poco equipaje y más ganas que optimismo, había empujado sus verdades al fondo de su memoria y había decidido irse. A veces, partir es escapar y, en la huida, vive la mejor manera de quedarse con el final que se elige. Irse con el propósito de no volver la vista atrás. Alejarse en busca de oxígeno emocional que pinte la historia con el color de la libertad que se han ganado los que sufrieron por ser víctimas y

también victimarios.

En Italia ser ella misma era más fácil. La tierra ancestral tenía su magia. Allí se disfrutaba de todo lo que se hace y se había sumergido en ese modo de vida diferente por necesidad y por placer. Aunque sus sombras no la abandonaban, tenía el poder de quitarles algo de fuerza.

Esa mañana, abrió su casilla de correo y allí estaba su pasado suplicándole por un lugar. Dos lugares, en realidad. Leyó dos mails y no respondió ninguno. Al menos respetaban no utilizar el celular, no la invadían con mensajes o llamadas que pudieran incomodarla. Fabio no sabía. No sabía nada. Eso no era justo y, si bien ambos se habían prometido que sería una relación sin secretos, ese mismo día, más temprano, habían pactado un comodín.

–Estoy enamorándome de ti. Quiero que estemos juntos, así, como ahora, siempre.

–Siempre es mucho tiempo. La palabra “siempre” me suena a un deseo temporal que se impone en circunstancias como esta.

–No lo digo porque estamos desnudos en mi cama. Es lo que siento –dijo y la besó con ganas una vez más.

–También siento que detendría mi vida en este momento, pero es porque estamos bien, descubrimos que funcionamos tanto en la cama como en la vida. Sin embargo, “siempre” me parece mucho. No quiero decir ni que me digas cosas que no podamos sostener –había dicho ella, con dulce sinceridad. Sus heridas ponían palabras a la conversación–. Me gustas mucho, pero lo cierto es que nos conocemos poco.

–No creo que siete meses sea poco. Es la calidad no la cantidad –defendió.

–Siete meses es poco, cariño –dijo, pero al escucharse pensó que quizá fuera suficiente tiempo. La experiencia le había enseñado que mucho tiempo al lado de alguien no era garantía de nada. No lo mencionó.

–Si así lo crees, dime todo lo necesario para que te conozca y yo haré lo mismo. Tenemos tiempo. Es domingo –bromeó–. Sin secretos –agregó. Dos palabras cuyo eco la envolvió hasta marearla de culpa.

Romina lo miró con detenimiento. Cada detalle de ese hombre le encantaba. No eran rasgos físicos, era mucho más peligroso, se estaba enamorando de su alma. La embriagaba de amor su forma de ser. Lo sentía perfecto desde la piel hasta su mirada, pero sabía muy bien que esa era la manera en que ella lo veía y eso podía distar mucho de la verdad.

–¿En serio dices “sin secretos”?

Él lo meditó un instante, lo había dicho sin pensar, pero aun sintiendo tanto por ella, no podía cumplir. Al menos no en esa tarde de domingo. No estaba listo.

–Lo dije de verdad, pero si te deja más tranquila y considerando que lo que quiero contigo es desde que te conocí y para siempre –insistió–, podemos hacer un pacto. Un comodín.

–¿Un comodín? ¿Qué sería eso? –preguntó, mientras sentía crecer el deseo en su cuerpo una vez más. Le gustaba tanto.

–Un comodín sería una carta que vale por un secreto, por algo que no tienes que contar hoy, puedes dejar lo que quieras para cuando sea el momento y si es nunca, también está bien.

Ella lo miró sorprendida, era una gran idea para sentir que era completamente honesta sin serlo.

–¿Solo yo o el pacto “Comodín” aplica también para ti? –preguntó Romina.

Fabio se dio cuenta de que ella había ido directo al punto. ¿Sospechaba que había algo que no le contaba o simplemente era parte lógica en la conversación? Como fuera, jamás podría imaginar de qué se trataba realmente y, en cualquier caso, merecía saber que había cosas sobre las que

decidía no hablar.

–El “comodín” aplica también para mí. No lo propuse pensando en mí, pero no quiero mentirte, es un buen pacto. Hay cosas que no sé si quiero contarte. De momento, sé que no quiero hacerlo hoy. Eso seguro.

–Solo como recaudo, antes de aceptar el “pacto comodín”, te haré algunas preguntas y respondes sí o no. ¿Te parece? –dijo aliviada de que fuera recíproco.

–Es razonable –respondió, mientras ella se subía sobre él y rodeaba su cintura con las piernas ejerciendo una provocativa presión–. Que sea breve el interrogatorio porque en esta posición no garantizo estar concentrado en lo que digas –agregó colocando sus manos sobre las caderas de ella.

–¿Eres un psicópata?

–No.

–¿Tienes antecedentes penales?

–No.

–¿Eres casado?

–¡No!

–¿Tienes hijos?

–No.

–¿Has lastimado a alguien?

–Sí.

–¿Era inevitable?

–Sí.

–¿Te arrepientes?

–Fue mi decisión... –comenzó a decir.

–Solo responde sí o no –lo interrumpió.

–No, no me arrepiento.

Ella lo besó en la boca. No necesitaba saber más. Podía entender el

alcance de sus respuestas.

–Tu turno –agregó, mientras lo seducía desde el roce de su intimidad contra la de él. El deseo vencía al diálogo.

–Todo lo que quiero es estar dentro de ti. El pacto comodín está hecho. Quiero todo lo que puedes darme “ahora” –la acercó hacia su boca, giró sobre sí mismo y se ubicó sobre ella. La magia de sus cuerpos juntos hizo el resto.

Cada uno guardó en su memoria el naipe que puede sustituir a cualquier otro de la baraja y tomar su valor según le convenga al jugador que lo posee. Un pacto con un alcance muy general que cualquiera de ellos podía usar en muchos contextos diferentes. Como un gran permitido de silencios respecto de los cuales no había posibilidad alguna de reproches.

El comodín es una buena carta, pero hay que saber jugar. La cuestión era: ¿estaban jugando al límite?



CAPÍTULO 3

Abandono

*Huir del abandono es tan difícil
como escapar de uno mismo.*

USHUAIA, AGOSTO DE 2019

Dejar Buenos Aires para ir a vivir a Ushuaia había sido una decisión tomada con celeridad suprema. ¿No pensada? Quizá para algunos, sí, pero para una mujer acostumbrada a vivir en los límites, solo había sido tomar otra curva de su ruta a 180 km por hora, arriesgándolo todo. Otro giro radical a su presente. Un modo de desaparecer del escenario para estrenar lugares, pretendiendo dejar atrás el pasado. Es que, cuando se han compartido momentos, buenos y malos, en un sitio, cualquiera que sea, ocurrido el abandono, las cosas, los espacios, las calles, las veredas, los árboles, los cafés, todo, completamente todo,